

DIRECTORA**Beverly J. Robinson-Rumble****DIRECTOR ASOCIADO****Enrique Becerra****ASESORES****C. Garland Dulan
Ella Simmons****REPRESENTANTES****Roberto Badenas**
Euro-Africa**Guillermo Biaggi**
Eurasia**Daniel Duda**
Europa del Norte**John M. Fowler**
Asociación General**Stephen Guptill**
Asia Pacífico Sur**Barry Hill**
Pacífico Sur**Chiemela Ikonne**
Africa-Océano Índico**Ellah Kamwendo**
Africa del Sur**Hudson E. Kibuuka**
Africa Oriental**Gerald N. Kovalski**
América del Norte**Carlos Mesa**
América del Sur**Chek Yat Phoon**
Asia Pacífico Norte**Nageshwara Rao**
Asia del Sur**Moisés Velázquez**
Centroamérica**DIAGRAMACIÓN****Glen Milam**

La REVISTA DE EDUCACION ADVENTISTA publica artículos acerca de temas de interés para los educadores adventistas. Las opiniones de los contribuyentes no representan necesariamente las ideas de los redactores o la posición oficial del Departamento de Educación de la Asociación General.

La REVISTA DE EDUCACION ADVENTISTA es publicada por el Departamento de Educación de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, 12501 Old Columbia Pike, Silver Spring, MD 20904-6600, Estados Unidos; Teléfono (301) 680-5062; Fax (301) 622-9627.

Copyright © 2006 General Conference of Seventh-day Adventists.

Andrea Luxton

El desafío de la integridad

Era evidente que el alumno no estaba diciendo la verdad. Era fácil ver que no era un buen mentiroso, así que yo continué sondeándolo, mientras él seguía hablando y metiéndose en un rincón sin salida, hasta que finalmente paró y se quedó callado. Luego de mostrar una expresión de frustración, le pregunté, “¿Qué te parece si comenzamos todo de nuevo?”

Eso fue lo que hicimos. Dijo finalmente la verdad y nos ocupamos del asunto. Ahora él se sentía devastado, particularmente por la manera como había mentido y no tanto por el incidente que quería ocultar y por el cual recibió una disciplina. Hablamos por un rato acerca del perdón, y de por qué, a pesar de lo sucedido, él podía levantar su cabeza y abandonar mi oficina erguido porque había elegido caminar por la ruta de la integridad enfrentándose a sí mismo y a la verdad. Más tarde supe que comentó a otro miembro del personal: “Me sentí tirado por tierra, completamente caído, pero entonces fui levantado con gentileza y amabilidad, y pude caminar otra vez.”

Me gusta la palabra *integridad*, aunque no estoy segura de que puedo explicar por completo lo que significa. En una clase reciente en la Escuela Sabática oí a alguien usar este término para describir la vida de Daniel. Estoy de acuerdo. La vida de Daniel fue un ejemplo de honestidad y consistencia. Vivió lo que creía mostrándolo en sus palabras y en sus actos. No cambió de esta posición a pesar de las implicaciones posibles sobre su carrera y aún sobre su vida. Esta consistencia en representar el carácter de Dios incluía su interés por sus colegas, aún los no creyentes. Así que cuando interpretó el sueño del rey, la primera acción que se registra en el relato bíblico es que se interesó inmediatamente en salvar la vida de los otros sabios que estaban bajo peligro de muerte. ¡Daniel fue una persona con la cual me hubiera gustado trabajar!

La integridad tiene que ver con una honestidad transparente – no sólo en lo que hacemos, sino en lo que somos. Se trata de vivir, trabajar y estudiar de una manera consistentemente confiable. Para un educador cristiano esto incluye ser fieles defensores del evangelio que hemos abrazado – visible en la manera como enseñamos, servimos en una comisión, administramos, disciplinamos e interactuamos. Se muestra en cómo vivimos (y ayudamos a otros a vivir) el evangelio pleno. Posiblemente no exista nada más importante que esto para hacer por nuestros colegas y nuestros estudiantes.

¿Cómo funciona en la práctica? Presentamos dos posibles aplicaciones.

En nuestra relación con los estudiantes: Cuando nos tornamos educadores cristianos estamos aceptando algo más que la responsabilidad de enseñar información y desarrollar habilidades. Nos comprometemos a mostrar la realidad del evangelio para edificar la fe de nuestros alumnos. Esto no significa que dejemos de lado las complejidades que frecuentemente son parte de la educación superior, o que tratemos superficialmente las preguntas difíciles. Significa reconocer que debemos hablar y enseñar consistentemente en el contexto de la fe. Esta es nuestra responsabilidad profesional y cristiana.

En nuestras relaciones personales: Recuerdo el impacto que sentí en la primera reunión académica, como alumna doctoral, al ver el desdén duro que

Continúa en la página 32

Editorial

Continuación de la página 3.

mostraban unos académicos hacia otros. La indiferencia hería mucho más que el simple desacuerdo académico. Una comunidad académica no es naturalmente respetuosa de la dignidad de los demás. Sin embargo, cuando somos tentados a reaccionar con rudeza delante de las opiniones de los demás, enjuiciarlos personalmente, o ridiculizar sus opiniones, estamos perjudicando al evangelio. ¿Por qué actuamos de esta manera? ¿Se trata de auto-protección? ¿Indiferencia hacia las opiniones de los demás? ¿Temor de que el otro pueda ser promovido antes que nosotros? El camino de la integridad es expresar desacuerdo con gracia y transparencia, y tratar a los demás honestamente, sin ataques personales.

Mientras el alumno salía de mi oficina, con su cabeza en alto, yo oraba por él en silencio – para que se comprometiera a sí mismo a una vida que se conociera por su integridad. Oro lo mismo por mí, y por todos nosotros los que componemos la comunidad de educadores cristianos.

El grupo de alumnos actuando en el programa de cierre.

había significado para ellos personalmente estar envueltos en este estudio sobre la herencia adventista. Estos son algunos de los comentarios:

Christen – “Me sentí honrado de formar parte de este estudio porque me llevó a compartir un pasado que es nuestro futuro.”

Manuel – “Fue diversión y trabajo duro, pero fue para mí un privilegio representar a alguien que ayudó a comenzar nuestra iglesia.”

Devin – “Fue para mí un gran placer participar, y espero que alguien haya sido tocado por nuestras presentaciones.”

Briana – “¡Creo que representar a los pioneros adventistas fue grandioso! Yo nunca había pensado en ellos hasta este momento.”

Joshua – “Lo que significó para mí es que es importante aprender acerca de nuestra herencia adventista.”

Amber – “Bueno, tuvo para mí un gran significado representar a alguien que hizo muchas cosas para Dios, aún cuando no fue Miss América o reina de belleza. Ella trabajó para Dios entonces y sigue trabajando para El por medio de sus libros.”

Autrey – “Al hacer esto me hizo sentir como alguien que necesitaba ser tocado por el Espíritu Santo, y me hizo sentir un mejor Adventista del Séptimo Día.”

Raquel – “¿Qué significó para mí? ¡Primero, nos divertimos mucho! No tenía idea de lo que nuestro arduo trabajo podría significar. Las presentaciones orales fueron más valiosas de lo que yo esperaba. ¡Aprendí muchísimo!”

La Srta. Wortham les dijo a sus alumnos que esta vez ellos habían tocado los temas apenas en su superficie, pero que un día ellos podrían querer continuar y profundizar su investigación. Entonces se hizo una pregunta a sí misma - ¿Valió la pena todo este esfuerzo?

La respuesta fue, “¡Si, si, si!”

Actualmente jubilada, Alice R. Voorheis fue Directora de Educación para la Asociación del Golfo en Montgomery, Alabama.



La profesora pidió a cada alumno que escogiera un pionero y realizara suficiente investigación como para escribir un informe y preparar una corta presentación oral para el día de la Feria.